

Sex-lover

Camila Hincapié

(Colombia)¹

Las ganas me hacían mover las piernas súbitamente, las abría y cerraba para ejercer algo de presión en mi vagina, las ganas de verme con alguien o con algo hicieron que lubricara y no pude aguantar más, así que me escapé del trabajo y manejé hasta allí.

Sentí cómo mi rostro se iluminaba cuando llegué a la puerta “Sexo sentido-Sex Shop”, puse un pie adentro y con decisión avancé. Lo vi allí y sentí cómo mis ojos se abrieron, era él, con un peinado perfecto, piel tersa y blanca como una margarita, labios gruesos, perfectamente vestido, y un olor penetrante a loción masculina.

¡Tócalo si quieres! –me dijo la vendedora, hice caso, pasé mi mano por su rostro, ella exclamó: ¡más abajito!, la volteé a mirar y juntas sonreímos. Bajé la mano de manera pausada, detallando cada textura, sintiendo la tela que lo vestía, mis labios se apretaban un poco cada vez que subía y bajaba por su cuerpo. Sabía que no podía esperar a llegar a casa para saber qué había allí, así que abrí la cremallera y metí la mano, ¡era la erección más dura que jamás había llegado a sentir!, sus venas brotadas eran tan naturales que me pareció que palpitaba. ¡Me lo llevo! Le dije a la vendedora. Son \$5.000.000 y un placer asegurado me respondió ella.

Lo subí cuidadosamente al auto y me fui.

Al llegar a casa quise bañarme, pero no quise borrar la huella de la humedad de mis panties, así que busqué la lencería negra que estaba en mi cajón y me la coloqué, me maquillé y me peiné. Puse música, ritmos latinos que hacían que sacudiera las nalgas. Lo saqué de la caja, “lover sex” decía la etiqueta. Dispuse una silla y lo puse allí, prendí el único botón que traía, pese a las largas pestañas y la expresión dulce de su rostro, cada parpadeo era un poco artificial y algo espeluznante. Pero no me detuve en ello, él estaba allí para que yo me frotara, penetrara, me corriera o hiciera lo que quisiera y estaba dispuesta a ello.

1. Licenciada en literatura y lengua castellana de la Universidad Santo Tomás de Colombia, candidata a magíster en escrituras creativas de la Universidad Nacional de Colombia, donde actualmente escribo una novela erótica, siendo el erotismo y el horror los temas de interés en la escritura. He laborado como docente de lengua castellana y he participado en coloquios internacionales.

Me paré enfrente de él con una copa de vino en la mano y empecé a bailar, más puntualmente, a bailar para él. Subía y bajaba con el ritmo, cerraba los ojos, bebí un poco, luego otro poco y luego puse la copa en la mesa para permitirme la libertad de moverme. Me sentía fatalmente sexy, excitada, empecé a quitar prenda por prenda, me inclinaba un poco dándole la espalda, mis manos jugueteaban con mis senos, abría mis labios, guiñaba para él, y él seguía allí, inmóvil, solo parpadeando. Me acerqué un poco y lo besé en la boca, sentí como si lo obligara un poco, sus labios permanecían inertes.

¡Basta de huevonadas, a lo que vinimos! –pensé. Me senté encima de él, evitando su rostro empecé a cabalgarlo, no había notado que su miembro vibraba, lo que me hacía encalambrar y blanquear los ojos del placer, aceleré el ritmo, la humedad del orgasmo se convirtió en un delgado hilo que bajó por mis piernas. Una vez satisfecha me tiré en el suelo, empapada de sudor y sonriendo mientras contemplaba el techo. Luego de unos minutos estando en la misma posición pensé: —Hoy en día la soledad es bastante cara. Repentinamente recordé a Andrés, mi ex, con su recuerdo mis ojos se inundaron un poco, las charlas postcoitales eran la mejor parte del sexo con él. Un poco desilusionada me puse de pie y guardé a mi sex-lover.

Pasaron los meses y se convirtió casi que en rutina tener sexo con el robot inerte, artificial y tieso, el placer estaba asegurado día a día, pero me empecé a hartar un poco de su olor a aparato.

Una noche, cansada por la carga de trabajo y por la botella de alcohol que bebí, empecé a maldecir y en medio de la ira tomé al maldito, casi que, violándolo, lo golpeé y en un frenesí desesperado le pedí que me besara, no respondió, ¡abrázame pendejo!, dime algo, ¡inútil! Lloré por largos minutos, luego reí de forma desquiciada al verlo, él seguía allí, inmóvil, sordo, quieto, callado, pasivo, inanimado, frío, estático, robot, mientras yo le pedía algo que él no podía dar, amor.

Una vez que la risa y el llanto murieron en medio del ocaso, tomé un destornillador y un cuchillo, lo desarmé y dispuse cada parte en una bolsa negra.

Me dije a mí misma –cuando saquen una versión de un “sex-lover” que aprenda a querer entonces lo compraré.